

Del misterio a la revelación

*Marcelo Rezende*¹

Sin ninguna duda, Daniel 2 es el capítulo profético más conocido de toda la Biblia. La combinación perfecta de una narración de una conspiración e intriga palaciega con una profecía simple e indiscutiblemente comprobada por la Historia, hace de este capítulo un portal, para muchas personas, al maravilloso mundo del estudio de las profecías bíblicas. A pesar de nuestra familiaridad con esta historia y con la interpretación profética del sueño del rey Nabucodonosor, siempre hay algo más que puede ser considerado.

La ocasión del sueño

Daniel 2 presente los sueños de manera muy diferente a la que el psicoanálisis y la psicología moderna nos quieren hacer entender. Consideramos a los sueños como el fruto de nuestra mente, surgidos de sentimientos y reminiscencias que en muchas ocasiones son empujados bajo la “alfombra” de nuestro inconsciente; pero en la Babilonia de 2.600 años atrás esa sofisticación moderna no era conocida. Los sueños eran dados por los dioses, eran un modo de comunicación entre el mundo sobrenatural y el mundo de los humanos. Sus mensajes eran aún más relevantes cuando eran ofrecidos a personas destacadas en la sociedad de entonces. Este es el contexto de nuestra historia, la estudiada en la lección de esta semana. Nabucodonosor tuvo un sueño que lo inquietó mucho durante la noche. Recordó haber tenido un sueño agitado e inquieto, que lo había perturbado, pero extrañamente había olvidado el sueño ni bien amaneció. Un mensaje dado por los dioses de extrema importancia, ¿había sido olvidado por el rey! ¿Cuál era el contenido del mensaje? ¿Tenía que ver con el futuro del reino? ¿Anunciaba un complot en el palacio contra su reinado? Parece que esa fue la conclusión de Nabucodonosor: una conspiración podría haberse iniciado ante sus propios ojos, y él no lo había percibido. Los dioses se lo habían avisado, pero él había olvidado el contenido de la revelación.

Al bosquejar este escenario circunstancial podemos comprender la ira del rey y su sensación de urgencia en que su sueño le fuera revelado e interpretado por sus sabios. Naturalmente, ningún ser humano podía ofrecerle al rey lo que éste pedía. Pero como él creía que el poder de sus dioses estaba presente en sus sabios, des-

¹ Actualmente es pastor del distrito de São Carlos, en la Asociación Paulista del Oeste. Hace veinte años que es pastor y ha servido a la iglesia en distintas funciones ministeriales. Posee una maestría en Teología Bíblica orientada a la teología paulina por la Universidad Adventista de San Pablo.

confió que ellos mismos pudieran estar involucrados en la conspiración. Sus palabras, dirigidas a ellos con ira: “Yo conozco ciertamente que vosotros ponéis dilaciones... entretanto que pasa el tiempo” (Daniel 2:8, 9) parecen indicar esa interpretación hecha por el rey ante el impotente silencio de los sabios. El decreto de muerte a todos los sabios generó la situación necesaria para que Daniel, cuyo Dios a los ojos de Nabucodonosor era un dios conquistado y cautivo a sus dioses y que por ello no estaba presente cuando la cuestión fuera presentada a los sabios, consiguiera una entrevista con el rey.

El significado del sueño

El resto de la historia es conocida: Daniel soñó el mismo sueño del rey y delante de un perplejo Nabucodonosor, se lo contó e interpretó con lujo de detalles todo lo que el rey había olvidado durante aquella noche. El contenido del sueño se convirtió en el principal punto de intertextualidad canónica en el resto del libro, otorgando la unidad y la direccionalidad de todo lo que continúa. La célebre estatua de forma humana, con diferentes metales, es descrita con la interpretación que determina el molde histórico profético que orienta a todos los lectores de los demás capítulos proféticos de libro de Daniel hasta el final.

- Cabeza de oro = Babilonia
- Pecho de plata = Medo-Persia
- Vientre de bronce = Grecia
- Piernas de hierro = Roma
- Pies de hierro mezclado con barro = Naciones modernas originadas de la división y la caída del imperio romano.

Nabucodonosor era el soberano del mundo en aquél momento. Su reino fue descrito como el oro, y personificado en términos “adámicos” (Daniel 2:38), como aquél a quien Dios le concedió el poder sobre las obras de la creación. Esto era una lección que debía ser aprendida por aquél que no reconocía la soberanía del Creador, por encima de él. Babilonia representada por la “cabeza” no significa solamente la referencia histórica-cronológica del punto de partida para la interpretación de los reinos presentados por la estatua, sino que —en cierto sentido— simboliza una perenne continuación de Babilonia en todos los reinos posteriores, siendo que Daniel 1 deja bien en claro que Babilonia es más que una nación, es una cosmovisión contraria a Dios y su reino.

El imperio romano, simbolizado por las piernas, es el poder que recibe siempre la mayor atención y la mayor cantidad de información: era fuerte como el hierro, pero se dividiría —al principio— en dos ramas: la occidental y la oriental (las dos piernas) y posteriormente se fragmentaría en diversas naciones, al principio diez reinos europeos (posible alusión a los diez dedos del pie de la estatua), los cuales darían origen a las naciones modernas que conocemos, desiguales en poder e influencia, pero que corresponderían a la disparidad aludida por dos materiales, el hierro y el barro, evidenciando su debilidad esencial. Debemos recordar que, aún después de su caída, Roma continuaría presente hasta el fin de la historia, bajo una nueva configuración desarrollada en la segunda parte del libro de Daniel, mostrando que la lucha por la unión del poder religioso (el hierro de Roma) y el poder político del estado (el barro) también caracterizarían a la sociedad humana del tiempo del fin.

El alcance del sueño

Las alusiones al Génesis aparecen aquí, desde Nabucodonosor como una figura adámica, según ya hemos visto, así como el propio hecho de que el barro fuera el material que dio origen al ser humano al ser moldeado por las manos de Dios (Génesis 2:7). En el transcurso de la interpretación del sueño hecha por Daniel, vemos una progresiva transformación de la naturaleza del barro de la estatua, de arcilla, que es moldeable y responde a la obra del ladrillero, al barro cocido que es firme y puede ser “desmenuzado” por la piedra, mostrando así un progresivo endurecimiento de la humanidad ante las apelaciones divinas, impermeable a los llamados del Espíritu Santo, y cada vez más ajena a la sobrenaturalidad de los días en los que vivimos. Daniel 2 prevé que el Reino de Dios (la Piedra) sería implantado en los días de una sociedad dividida, la cual irónicamente busca la unión, pero que espiritualmente es fría y profundamente insensible al Evangelio de Jesús.

Esta debiera constituir una gran lección para el lector: no alcanza con meramente pertenecer a una iglesia o una denominación. El Reino de Dios se manifiesta antes que nada dentro de cada uno de nosotros (Lucas 17:20, 21), transformando nuestra comprensión de la vida y del mundo de acuerdo con los valores de Jesús. En estos días de dureza e insensibilidad espiritual, debemos velar para que nuestro corazón sea maleable a la voz de Dios y que el evangelio en nosotros sea aquello que siempre fue: ¡una buena nueva! No sólo el anuncio de una intervención divina en la historia lista a ocurrir, sino una realidad de esperanza y transformación en progreso en el mundo, ahora mismo.

Así como Dios entró en el inconsciente de Nabucodonosor y le reveló su voluntad, tiene el poder de entrar en nuestro inconsciente y plantar en el núcleo de nuestra vida el Evangelio como verdadero valor, mucho más que un grupo de doctrinas o un credo. Por eso podemos orar hoy como el salmista: “Bendeciré a Jehová que me aconseja; aun en las noches me enseña mi conciencia” (Salmo 16:7).



Pr. Marcelo Rezende

Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©